

## **“CREO EN EL GENIO DE LA MUJER”**

*Wojtyla mantuvo siempre su fe en el potencial de la mujer en la sociedad, llegando a pedirles perdón por los maltratos del pasado, aunque no cambio las reglas que las mantienen en segundo plano*

Maria Antonietta Macciocchi<sup>1</sup>  
EL MUNDO,  
Domingo  
3 de abril de 2005, pág. 14

Aquel rostro claro y límpido se inclinó hacia mí. Su mirada interrogaba a la mía con confianza. De la intensidad del gesto irradiaba una fuerza interior: un aura metafísica le rodeaba en forma de corona alrededor del rostro. Me di cuenta en ese instante de que había caído en la red del célebre carisma de Wojtyla. Estaba de pie en el salón papal de Castelgandolfo. Me habían convocado sola, la primera mujer en el Pontificado, gracias a la confianza de Su Eminencia Acchille Silvestrini, de la Secretaría de Estado.

El Papa estaba vestido de blanco, con el rostro bronceado por el aire de los montes de donde acababa de regresar. Nunca antes había estado con un Papa. Había sido recibida por grandes personajes de la Historia como Mao, De Gaulle, Ho Chi Mihn, e incluso por el imán más severo, el terrible Jomeini.

«Es un gran honor visitarle», farfullé. El Papa sonreía, como si se divirtiese. Su voz era alegre y sonora, como doblada por otra voz de fondo un poco cantarina y con acento extranjero.

Pronto se puso a hablarme largo y tendido. Primero comenzó con una sentida confesión: «Mi país es Polonia, condenada a muerte en varias ocasiones, pero que ha conseguido sobrevivir, apoyándose en las comunes raíces culturales europeas».

Predijo con pasión que esta Europa («vampirizada», como escribió Kundera) pronto se uniría. Europa es una, afirmó. Me anticipó entonces, era el verano de 1987, que el Muro de Berlín caería, que el miedo y la incertidumbre por el futuro desaparecerían y que la dictadura comunista moriría pronto.

A lo lejos, en el solemne salón, un puñado de dignatarios vaticanos me miraban, quizá descontentos porque el Papa perdía un tiempo precioso conmigo. Con una mujer. Lo habitual era hacer una reverencia ante él y marcharse. De vez en cuando, alguno se acercaba para decirle: «Santidad, se hace tarde». Pero él no contestaba y seguía hablándome, mirándome a los ojos, evaluando el eco de sus palabras.

Su rostro dibujaba una especie de dulzura cuando me habló de las mujeres. Me confió una reflexión, referida a los problemas contemporáneos: «Hay que promover a la mujer». ¡Las mujeres! Habló largo y tendido como un apóstol itinerante que había visto a las mujeres rotas y divididas entre el ateísmo y la fe, en la encrucijada de las dos ideologías de aquel tiempo: fascismo y estalinismo. «Determinada ciencia usa a las

---

<sup>1</sup> Maria Antonietta Macciocchi es filósofa y ex líder del Partido Comunista italiano.

mujeres como negocio sin escrúpulos. Es la mujer-negocio sobre la que cuentan los bancos especializados, como en EEUU», dijo Wojtyla.

Navegamos por el estuario del posfeminismo a velas desplegadas («el útero es mío y lo gestiono yo», decían las feministas). ¿Cómo se puede vivir no sólo sin Dios, sino también sin el hombre? Por las ventanas se reflejaba la luz fría del lago.

Se acercó el prefecto de la Casa Pontificia con decisión. Casi cogió al Papa por el brazo, conminándolo con dos palabras: «Es tarde». Wojtyla, antes de despedirse, hizo traer un bellissimo rosario, me lo puso en las manos y dijo: «Vuelva y tráigame su libro sobre Europa. La recibiré con más calma». El dignatario comentó, mientras me acompañaba a la salida: «Es raro que el Papa pida algo, sobre todo a una mujer».

Cuando se publicó *La mujer con la maleta. Viaje intelectual de una mujer por Europa*, fui enfilada por el agujón de la crítica<sup>2</sup>. Me acusaron de filopapismo y de rendir culto a su personalidad. Incluso una gran revista como *Paris-Match* me reprochó: «¿No recuerda usted haber sido para todos el símbolo más avanzado de la izquierda femenina?». Contesté, como Nietzsche, que mi moral es antiestratégica respecto a los medios imperantes, que sólo consideran creíble a un Papa si habla de las mujeres como centinelas del demonio.

Al mes de publicarse el libro fui invitada de nuevo a visitar al Papa. Era el 17 de febrero de 1988. Me esperaba sentado en la gran mesa del salón. Tenía la obra entre las manos. El Papa levantó la vista del libro y me dirigió estas sorprendentes palabras: «Creo en el genio de la mujer». Creía no haber entendido bien, le miré confusa y repetí con firmeza, como si fuese una frase desafiante: «Creo en el genio de la mujer».

Al ver mi cara de felicidad, continuó: «Incluso en los períodos más oscuros de la Historia se encuentra este genio, que es la levadura del progreso humano». Las palabras fueron tan sorprendentes que nunca las olvidé. Encontré ese mismo tono en la carta apostólica *Mulieris Dignitatem*.

El año siguiente, la caída del Muro de Berlín cambiaba el rostro de Europa. Volví a reunirme con el Papa. Hablamos especialmente de China, adonde la pasión misionera de Wojtyla le hacía mirar con ansia, y quería saber detalles sobre mi encuentro con Mao.

En los meses que siguieron a aquella cena escribí un nuevo libro titulado *Las mujeres según Wojtyla. Veintinueve claves de lectura de 'Mulieris Dignitatem'*. Reuní los ensayos de 13 hombres y 16 mujeres. Cuando se publicó el libro, fui invitada, una vez más, a cenar con el Papa.

---

<sup>2</sup> NdT.: MACCIOCCHI, María Antonietta. *et alii. Las mujeres según Wojtyla. "Veintinueve claves de lectura de la 'Mulieris dignitatem'"*. Ed. San Pablo. Madrid, 1992. 383 pp. [MACCIOCCHI, María Antonietta. *et alii. Le donne secondo Wojtyla. "Ventinove chiavi di lettura della 'Mulieris dignitatem'"*. Col. "Pagine di storia", 6. Ed. Paoline. Roma, 1992. 419 pp]. Tb.: MACCIOCCHI, Maria Antonietta. *La mujer de la maleta. "Viaje intelectual de una mujer en Europa"*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1988. XXX- 415 p.

¿Mantuvo hasta el final su preocupación por la mujer? Creo que sí. Hasta sus últimos escritos, como la fantástica *Carta a todas las mujeres del mundo*, enviada a Pekín con motivo del Congreso Mundial de Mujeres de la ONU. El genio de la mujer encontró siempre en Wojtyła un gran defensor. Y se amplió incluso a la filosofía, ciencia masculina por excelencia. La originalidad del pensamiento de este Papa hacia la mujer es como una línea maestra, derecha como una espada.